

Nota Exclusiva Para MARCHA. — Por el Dr. Arturo Ardao

Guatemala, Film en Tecnicolor

VVIVIR unos días en Guatemala, alternar con sus gentes, recorrer el país, es asistir al desarrollo de un encantado film. Un film que lo fuera, además, en tecnicolor.

Imágenes de variado y brillante colorido, se renuevan sin cesar. Los verdes tropicales de la vegetación, la tierra ocre y ceniza que habla por todas partes de cataclismos geológicos, la opulencia floral de las bugambilias, la policromía siempre atrevida pero también siempre armoniosa de las telas indígenas, quieta sobre mesas y paredes o movediza, en los huipiles de las indias, por mercados y caminos.

Pero ese film en tecnicolor es al mismo tiempo una experiencia cultural plena de riqueza y de contrastes.

CULTURAS MUERTAS Y CULTURAS VIVAS

Hay un ordenamiento espontáneo, si no en la visión directa, en la sedimentación de las impresiones de Guatemala. Es el que resulta de las formas de cultura muertas y vivas, que allí se superponen.

Entre las muertas, la maya precolombina y la española colonial, que se expresan en el idioma de las ruinas: las de Tikal y las de Antigua son para una y otra sus muestras de mayor elocuencia.

Entre las vivas, la del abigarrado mundo indígena que constituye casi dos tercios de la actual población del país, y la blanca occidental, fuertemente mestizada, representada por el resto; las ciudades de Chichicastenango (donde fué hallado el manuscrito del Popol Vuh.) y Guatemala, son los centros respectivos más importantes.

EL LEGADO CULTURAL DE LOS MAYAS

● No nos fué posible visitar las

adaptadas a las variaciones del terreno, presentando el conjunto una armoniosa apariencia.

Tienen los templos la sobria construcción piramidal característica de la arquitectura religiosa de los mayas. El más prominente de ellos está formado de una decena de plataformas superpuestas, totalizando alrededor de cuarenta gradas. Coronando la pirámide aparece, con tres puertas de entrada, el único interior del templo, una pequeña habitación, en la actualidad sin ningún ornamento ni detalle arquitectónico accesorio.

El blanqueo de la restauración, hecho con la misma cal del lugar, reproduce el primitivo, como lo prueban los fragmentos en que éste se conservaba. Faltan, sin embargo, las decoraciones pictóricas originarias, de que son testimonio trozos de estuco que todavía el visitante puede encontrar entre las ruinas. Verdes y rojos, aún vivos — obtenidos con sustancias minerales y vegetales — hablan del poderoso sentido estético del color que en todos los tiempos ha sido característico del indígena guatemalteco.

mayor; centro en la colonia de una misión franciscana, es hoy patrimonio de una reducida población de indios. Aún en medio del campo, junto a los caminos, es frecuente encontrar una capilla colonial o una vieja hacienda española.

LA CIUDAD DE ANTIGUA

Pero nada es comparable a la ciudad de Antigua, situada a 60 kilómetros de la capital y a su misma altura de 1500 metros sobre el nivel del mar.

Fué fundada en 1543, al ser destruida por el Volcán de Agua la primitiva capital de Guatemala. Se la levantó al otro lado del mismo volcán, entre éste y el de Fuego, en el fértil Valle de Pancán, nombre que significa "lugar de las flores amarillas".

Al cabo de 230 años fué a su vez destruida, en 1773, por un terrible terremoto que dió en tierra con lo fundamental de sus monumentales construcciones. La población se dividió entonces entre los partidarios de trasladar la ciudad y los partidarios de reconstruirla en el mismo sitio. Triunfaron los primeros, encabezados por el Capitán General, creándose así la actual Guatemala, tercer emplazamiento de la capital. Pero una parte de los pobladores — expresivamente llamados los "terroristas" — a quienes sostuvo el arzobispo Pedro Cortés y Larraz, hoy venerado por ese motivo, se negaron al traslado. De ellos procede la actual población de Antigua, que alcanza, con las aldeas de los alrededores a 12.000 habitantes.

Cuando fué destruida la ciudad

tro universitario, colegios religiosos.

Pof entre las columnas truncas, sobre los grandes arcos desmantelados, a través de restos de paredes, de cúpulas, de torres, triunfa con lujuria de floresta tropical, una gloria de enredaderas, bugambilias, rosales, glicinas. En los patios silentes, sólo suenan, en esculpidos tazones de piedra adosados a los muros o en grandes fuentes centrales de refinado ornamento, surtidores de agua que fluye siempre igual desde la colonia hasta ahora.

Entre esas ruinas — que visitamos con la guía del Rector de la Universidad de Guatemala, doctor Carlos Martínez Durán descendiente de una familia "terrorista" y gran enamorado de Antigua — se destaca la iglesia de San Francisco, en cuyos fragmentos de techos y paredes, bellos frescos, pese a tantas injurias acumuladas, lucen todavía su colorido; en una capilla lateral del mismo se halla la tumba de Fray Pedro de San José Betancourt, el célebre Hermano Pedro, San Francisco de Asís americano que vivió en el siglo XVII, fundador de la Orden Betlemítica y figura legendaria de la Guatemala colonial. El Convento de la Merced, cuya gran fachada churrigueresca y hermoso portal lateral subsisten intactos; en su interior se conserva un admirado Jesús Nazareno tallado en madera por Quirio Cataño, gran artista del siglo XVII. El Convento de Santa Clara, monasterio de monjas. El Convento de los franciscanos Recoletos, cuya gran fachada que reproducciones de la época perpetúan, permanece hundida en tierra, casi entera, tal como cayó. La primitiva Universidad de San Carlos, fundada en 1676, hoy convertida en Museo Co-

EL LEGADO CULTURAL DE LOS MAYAS

● No nos fué posible visitar las ruinas de Tikal, especie de Mecca de la cultura maya. Se hallan en un lugar de difícil acceso, semicubiertas por la selva en el lejano Petén, hacia el Atlántico, aguardando aún la reconstrucción, programada pero no emprendida. Tampoco las de Quiriguá y Copán — esta última allende la frontera de Honduras — que les siguen en significación y en las que se han realizado restauraciones valiosas.

Visitamos en cambio, invitados por el arqueólogo mexicano Alfonso Ortega, la importante zona arqueológica de Zaculeu, a cerca de 300 kms. de Guatemala, junto a la población de Huehuetenango en el occidente del país. Llegamos allí en un avión de la United Fruit Company, empresa que costó los grandes trabajos de reconstrucción realizados en la zona, de 1946 a la fecha.

LA ZONA ARQUEOLÓGICA DE ZACULEU

Zaculeu — Tierra Blanca — fué un centro político y religioso enclavado en una lengua peninsular que avanza entre profundos barrancos. Posición fuerte, por el foso natural que la rodea, fué teatro de luchas militares y lugar de sucesivas ocupaciones, desde el año 500 de nuestra era — tal vez — hasta la época de la conquista española.

La influencia de diversas culturas, sobre la originaria, que se supone ser Mam, se registra como consecuencia. Así, del 500 al 900 la maya clásica; después del 900, impulsos culturales heterogéneos, principalmente mexicanos; hacia el siglo XII la acción resultante de la conquista quiché, bajo el jefe Quicab, que relata el Popol Vuh. En 1525 Gonzalo de Alvarado tuvo que pactar allí con los Indígenas, ante la heroica resistencia que le ofrecieron, haciendo de Zaculeu un fuerte inexpugnable.

Actualmente, reconstruida como ha sido, la zona ofrece el pulcro aspecto de una pequeña población, recién encalada. La forman alrededor de cuarenta estructuras — algunas no restauradas, que sirven de "testigos" — correspondientes a templos y lugares rituales, como eran, por ejemplo, las canchas de juego de pelota. Se hallan separadas entre sí por

tancias minerales y vegetales — hablan del poderoso sentido estético del color que en todos los tiempos ha sido característico del indígena guatemalteco.

LOS MUSEOS ARQUEOLÓGICOS

Completa el interés arqueológico de Zaculeu, un pequeño pero rico museo, organizado en el mismo lugar. Junto con el magnífico Museo Arqueológico de la capital, cuyo director Antonio Tejeda nos acompañó a Zaculeu, nos dió una impresionante, y para nosotros — pese a todas las lecturas — inesperada visión de la escultura, la pintura, la cerámica, religiosas, funerarias y civiles de los antiguos mayas.

Desde monumentales estelas en piedra hasta miniaturas en jade y marfil, todo un mundo de bellas formas nos salió al encuentro, esparciendo el espíritu del más misterioso y tal vez más refinado de los pueblos precolombinos de América. Una milenaria lección de elegancia y buen gusto se aprende de golpe en aquellos museos. ¡Y cómo dejar de mencionar siquiera entre sus joyas, la cautivante riqueza figurativa y cromática, la gracia de líneas y expresiones de los frescos de Bonampac, no hace mucho descubiertos? Les debemos una de las mejores emociones de aquellas jornadas.

LA CULTURA ESPAÑOLA COLONIAL

Hemos anticipado que la segunda forma cultural muerta de Guatemala, la española colonial, tiene su centro de interés en las ruinas de la ciudad de Antigua.

La verdad es que muy valiosas manifestaciones de ella se encuentran en todas partes. En la misma capital, que data de fines del siglo XVIII, tienen ese significado la catedral, la casa del arzobispado, la actual Facultad de Derecho, que sirvió de asiento a la Universidad de San Carlos, diversas iglesias y capillas, casas particulares con magníficos patios. En pequeños pueblos indígenas, nos ha sorprendido de pronto, en inexplicable contraste con la pobreza urbana del lugar, una monumental y rica iglesia. Tal el caso de Patzún, con una gran iglesia de estilo mozárabe, de fines del siglo XVII, notable por el artesanado de madera de la nave central, decorado con grabados, así como por el trabajo de plata del altar

por ese motivo, se negaron al traslado. De ellos procede la actual población de Antigua, que alcanza, con las aldeas de los alrededores a 12.000 habitantes.

Cuando fué destruida, la ciudad contaba con cerca de 100.000 habitantes y había desarrollado una extraordinaria riqueza arquitectónica, tanto en construcciones religiosas como civiles. Gran parte de esa riqueza subsiste aún con toda su elocuencia, para el asombro y la emoción de quien se allega hasta ella sin sospecharla.

Conocimos a Antigua en oportunidad de una excursión con que fueron agasajadas las delegaciones al Congreso de Universidades. A la salida de la capital se detuvo la comitiva a participar en una simpática ceremonia de colocación de la primera piedra de la Ciudad Universitaria en proyecto. Al reemprender la marcha se nos ocurrió pensar que viajábamos de una ciudad del futuro a una ciudad del pasado. No pudimos, sin embargo, imaginar entonces hasta que punto Antigua era realmente una ciudad remansada e inmóvil, detenida en el tiempo, perpetuando en su fisonomía edilicia y en la modalidad de sus gentes, el pasado colonial.

Por entre aldeas indias, bordeando barrancos de enmarañada vegetación y volcanes de laderas cultivadas, llegamos hasta ella bajo una cortina de lluvia a través de la cual se realzaba su aspecto fantasmal. La ciudad entera conserva el sello de la colonia, porque todo lo que allí se ha restaurado o construido, ha sido respetando su apariencia primera, según reglamentaciones acordes con la declaración de monumento nacional que se ha hecho de la ciudad. Pero lo que le da carácter único y constituye el secreto de la poderosa impresión con que se impone al visitante, es la mezcla de las gigantescas ruinas con las enjardinadas viviendas, el contraste de la parte mutilada y yacente, con la parte viva de la ciudad. Viva, digamos, de una vida que persiste, casi, en el gesto con que el terremoto la sorprendiera en las postrimerías del siglo XVIII.

LAS RUINAS MONUMENTALES

Las ruinas son, en particular, de las grandes estructuras eclesásticas que en elevado número poseía la ciudad: catedral, iglesias, capillas, conventos de monjes y de monjas, claustros,

corales, etc. — producciones de la época perpetúan, permanece hundida en tierra, casi entera, tal como cayó. La primitiva Universidad de San Carlos, fundada en 1676, hoy convertida en Museo Colonial.

Enteramente reconstruido a fines del siglo pasado, se conserva el Palacio de los Capitanes Generales del Reyno de Goathemala. — hoy Palacio de la gobernación — con una estupenda arcada de medio punto, larga de una cuadra, frente a la plaza principal, que es, sin duda, una de las mejores joyas del tesoro arquitectónico de Antigua. Igualmente reconstruido se halla el edificio del Ayuntamiento que hoy sigue cumpliendo las mismas funciones que en la colonia. También reconstruido, constituyendo ahora la encantada Fosada de Betlem, se halla el monasterio que el Hermano Pedro fundó con carácter de hospital.

CIUDAD DE MISTERIO Y DE LEYENDA

Ciudad de misterio y de leyenda, de bellezas artísticas y naturales, Antigua es hoy paraíso de escritores, pintores, arqueólogos, arquitectos, que van a veces por días y se quedan años. Así entre otros, el caso de un arquitecto norteamericano que después de estudiarla calle por calle y casa por casa, ha exhibido miles de diapositivos de sus fachadas, sus portales, sus balcones, sus fuentes, sus patios.

Volvimos a ella antes de abandonar Guatemala. No nos será fácil olvidar la impresión que nos produjo, como a todos aquellos con quienes compartimos la visita. Extraña ciudad de ruinas y rosas dormida entre volcanes, será para nosotros todavía más inolvidable por la espiritualidad exquisita de sus pobladores, acendrada en el culto, ajeno al tiempo que pasa, de sus tradiciones y sus piedras.

LA GUATEMALA DEL PRESENTE

Tales son, seguramente que innuados apenas en algunos de sus aspectos, los respectivos legados de mayas y españoles a la Guatemala de hoy. Ellos constituyen la dos grandes formas culturales muertas del país. Quede para otra ocasión la referencia a los contenidos vivos de la realidad nacional guatemalteca.

ARTURO ARDAG